El tañer triste de las campanas de Olite: Elegía a Inés de Cleves

José Ramón MARTÍNEZ ERRO &
Francisco Javier CORCIN ORTIGOSA

José Ramón Martínez Erro "el Coci"

Conocido popularmente como "El Coci", fue una persona que por su forma de ser y su cariño hacia Olite, se ganó el aprecio de sus vecinos.

Natural de Pamplona, a Olite le trajo la fabricación de los cubitos de caldo concentrado "Coci", de ahí su apodo, pero se entusiasmó de su historia, de su arte y, sobre todo, de sus gentes, y eso siempre lo llevó con orgullo.

Su integración en la ciudad le llevó a formar parte de la corporación municipal, participar de forma activa en la vida local y casarse con una olitense. Fijó la residencia de trabajo en Barcelona donde falleció en 2001.

Su gran dinamismo e iniciativa lo vemos reflejado en la edición de los programas de fiestas de 1944 a 1949, cargados de un contenido cultural que sobrepasaba el festivo, con artículos de historia, arte, costumbres, deportes, crónicas, cantares, etc. Y ahí encontramos la participación de José Ramón y su pluma para hablarnos del Palacio, de doña Blanca, del príncipe de Viana, de los judíos, de los blasones nobiliarios...

Importante aportación fue la publicación del libro "*Olite, Corte de Reyes*", que durante muchos años fue la referencia histórica de la ciudad. Con ello contribuyó al conocimiento y divulgación de nuestra historia, arte y tradiciones.

"*El tañer triste de las campanas de Olite - Elegía a Agnes de Clèves*" es una de sus creaciones más apreciadas.

Su labor fue reconocida por el Ayuntamiento de Olite con la imposición del Pañuelo de Honor de la ciudad.

Blasón de Inés de Cleves.

Elegía a Inés de Clèves

Recuerdo emocionado para la joven princesa Inés que nacida en lejanas tierras, vino, casó, vivió y murió en nuestro palacio.

Para su bondad y exquisito trato, quiso y se hizo querer, amó y se hizo amar, Olite no la debe olvidar.

Corría el año de gracia de 1439 cuando los preceptores de la corona navarra vinieron en acordar que el Príncipe Carlos debía acomodarse en matrimonio, para asegurar la continuidad de la estirpe.

Carlos de Viana, nieto de Carlos III "el Noble", y de Leonor de Castilla (Trastámara), e hijo del ambicioso Juan II de Aragón y de la inefable Doña Blanca, tenía dos hermanas nacidas en Olite.

Bodas de Carlos e Inés (Olite, 2018).
Fotografía de Javier I. Igal.

La desdichada y bien amada por los navarros, Blanca, repudiada por su marido Enrique IV de Castilla (el Impotente), por falta de sucesión, y la ambiciosa Leonor, casada con el prepotente Gastón de Foix.

De entre las jóvenes de linaje en las cortes europeas en edad de merecer, fue elegida Inés (Agnes) de Clèves, sobrina del Duque de Borgoña Felipe "el Bueno", en cuya custodia vivía desde que quedara huérfana, en el Ducado de Clèves, sito en Alemania Occidental (Renania-Westfalia), cerca de Holanda.

En nombre de nuestro Rey, una selecta comitiva mensajera se trasladó hasta el lejano Ducado con el objeto de pactar, redactar y jurar las capitulaciones matrimoniales, tan satisfactorias por cierto, para Inés de 16 años, como para Carlos que contaba con 19.

Sólo faltaba el último paso: FACER LAS BODAS.

Inés, acompañada por su hermano el Duque de Clèves, caballeros tudescos y damas de alto rango embarcaron cerca del Rhin, con rumbo a Bilbao, donde a su llegada fueron muy bien recibidos por los adelantados del reino navarro, presididos por Don Juan de Beaumont. Muy emotivo resultó el encuentro.

Tras breves días de descanso la numerosa comitiva partió de Bilbao, camino de Estella, donde, en el Palacio Real, dignamente ornamentado y engalanado, esperaba Carlos, con la gentileza que le honraba. Allí se vieron los novios por primera vez e intercambiaron los preceptivos regalos.

El 30 de septiembre siguiente se celebró en Olite el enlace. Los actos religiosos en Santa María la Real; los profanos en salones y dependencias de palacio.

Lujo, magnificencia y derroche, animaron los esponsales; juglares, artistas comediantes, moros y moras (hechos venir de Valencia), fuegos de artificio, etc. alegraron la estancia de los convidados.

No faltaron embajadores de otros reinos, obispos, priores, ricos-hombres, hidalgos, autoridades, nobleza local y pueblo llano.

El yantar ofrecido a todos espléndido.

El Duque de Clèves y sus acompañantes fueron huéspedes de honor en las estancias del castillo hasta las Navidades. Varias damas de las llegadas dieron a Inés el cariño que no pudieron darle sus padres, y quedaron a su servicio; el resto, vía Barcelona, retornó a sus lares en los primeros días de 1440.

Los años de vida matrimonial de Inés y Carlos son considerados como felices pese a algunas veleidades de él, obsesionado por tener descendencia.

Visitas regias, cantigas, torneos, anocheceres poéticos con recitales a la luz de las antorchas o de la luna, juegos y diversiones en las amplias cámaras, música, conciertos en los jardines suspendidos y otras chanzas, alegraban su estancia.

La fatalidad quiso que terminaran los buenos días para el reino y los príncipes, ya que al cabo de nueve años de matrimonio, rodeada de sus atribulados allegados, falleció Inés en palacio el 6 de Abril de 1448, sin descendencia.

Su prematuro y silente óbito contando 26 años, frustró las esperanzas del pueblo navarro, dejó a Carlos sumido en desconsuelo y precipitó la descomposición de la monarquía navarra, y la decadencia de Olite (como Corte), al no desear el príncipe, tras su viudez, volver a palacio:

"PORQUE EN EL ASALTABAN SU MENTE ACAECERES IMPOSIBLES DE TORNAR"

Marchó a sentar sus reales al Palacio de Sangüesa, acompañado del martirio que de por vida le persiguió.

A tiempo de alba
clareando el día
tañen triste
campanas de Olite.
En la real cámara
donde se aposentaba
ha fallecido Inés
esposa del de Viana.

Melancólicamente
en la torre del vigía
suena cabrerizo cuerno
pregonando la muerte
por el contorno.

Se dispuso con presteza
anunciar la triste nueva
a ciudades, villas-nobles
y lugares del reino.

Caballeros mensajeros
cabalgaron ligeros,

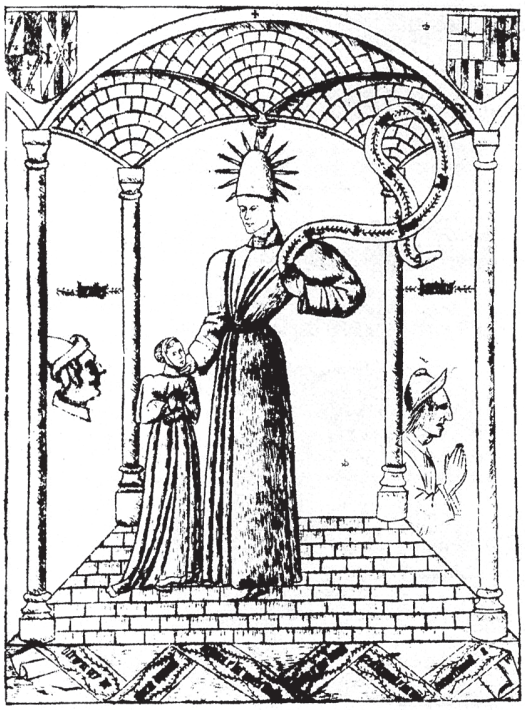
PARA FACER SABER EL TRANSPASAMIENTO DE LA PRINCESA A QUIEN DIOS PERDONE.

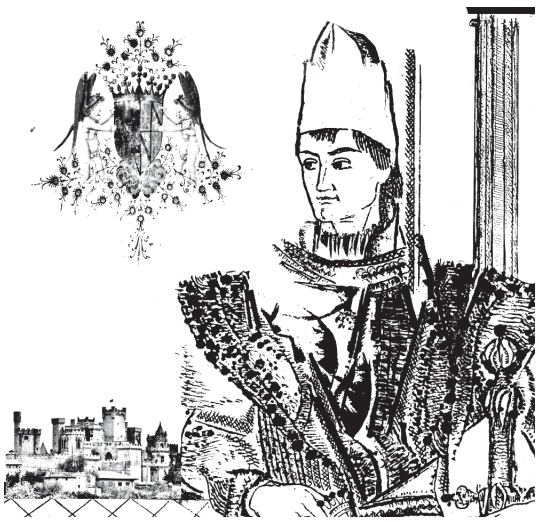
Solemne funeral
en Santa María la Real.
Clerencia, pueblo y nobleza,
alcaldes de buenos lugares
y de palacio servidores.
Oficia las oraciones
rindiendo honores
el Prior de Roncesvalles.
Mínimos franciscanos
y canónigos antonianos
velaron.

Hicieron presencia
con visible condolencia;
de la Aljama local,
hebreos,
de la sinagoga de Estella,
judíos,
de Tudela y su ribera,
agarenos.

Finados los funerales
partieron del templo
con gran recogimiento
en procesión solemne
los despojos de Inés.

Esponsales de Carlos de Viana e Inés de Cleves.
Dibujo de José Mª Iribarren.





Representación de Carlos de Viana y Olite

En urna noble, de roble,
acomodada
sobre acémilas uncidas,
pareadas,
ricamente cubiertas
con paramentos
de las armas reales.

Carlos de Viana
medita sumido en dolor.
La meditación
es su oración.

En el pueblo, desconsuelo
y plegaria del clero.
En la Ermita de Santa Brígida
del monte Encinar altozano,
el ermitaño,
hombre bueno y timorato
con fama de santo,
asegura que el aguacero
que cayó en hora oportuna
del fallecimiento,
no fue agua de lluvia,
fueron lágrimas de la luna.

Con solemnidad encabeza
emotiva comitiva
el pendón de la realeza,
(heraldo de la tristeza)
portado por el faraute
pensativo y triste.
Comienzan a andar
por el Camino Real
que pasando por Tafalla
y otras buenas villas
a Pamplona lleva.

Acompañan caballeros
portando teas ardiendo
blasonados hidalgos
emocionados.
Caminan haciendo alto
para los restos ser honrados
en lugares del trayecto.

Por sendas de abarca y herradura
entre trochas y barrancales
que unen con caminos reales,
nobleza y pueblo
acrecientan séquito
al acompañamiento.
Pasado el carrascal,
al llegar el cortejo
a la calzada romana
y cruce
que el apóstol conduce,
a la vera del camino
humilde peregrino
encubre su anonimato
tosco sayal frailuno;
arrodillado,
apoyado en su cayado,
en señal de respeto
descubierto,
por el ánima de la Princesa,
reza.

La comitiva sigue el camino
y el peregrino
toma de Santiago ruta
larga y abrupta.

Pese al día primaveral
el frío cierzo del norte
da de frente, cortante;
el cortejo sigue su andar
para con gran solemnidad
ser en Pamplona recibido
y acompañado a la catedral.

Carlos, caballero solitario,
jinete cansino, distraído,
abulia y desconsuelo
en dolor sumido.
Por derecho era Rey,
y no lo fue
por desafuero de su padre,
que no por ley.

El cadáver de Inés fue inhumado muy devotamente en la nave central, en sepulcro sito delante del de los reyes Carlos y Leonor; junto a otros príncipes.

Funeral solemnísimo celebrado en la misma Seo, presidido por el Príncipe Carlos y toda la familia real, acompañados de obispos, nobleza, representantes de otras monarquías reinantes, venidas exclusivamente para estar presente en los actos. Los asistentes acomodados por estamentos. El pueblo abarrotó el templo y sus contornos.

El sepulcro conserva la lápida pétrea que desde entonces lo cubre. Consta en ella el nombre de Inés y sus circunstancias.

Las ceremonias, según el cronista, fueron solemnes y brillantes como nunca se habían visto.

Carlos momentáneamente marchó a Sangüesa, pasando el resto de su vida sin sitio fijo donde vivir, soportando un largo rosario de sinsabores y amarguras.

Lucha contra su padre y su madrastra Juana Enríquez. Sufre prisión en diversas fortalezas, guerras, emigraciones a Italia, Mallorca y Sicilia; apresamiento por traición en Lérida, prohibición de regresar a Navarra, desastre en la batalla de Aibar donde cae prisionero; amores, desamores y desazones.

Reclamado por el pueblo catalán, que como heredero de la corona de Aragón lo consideraba, marchó a Barcelona, donde fue recibido con gran entusiasmo y mucho cariño. Entre aclamaciones entró triunfalmente a aposentarse en el Palacio Real, cerca de la Catedral.

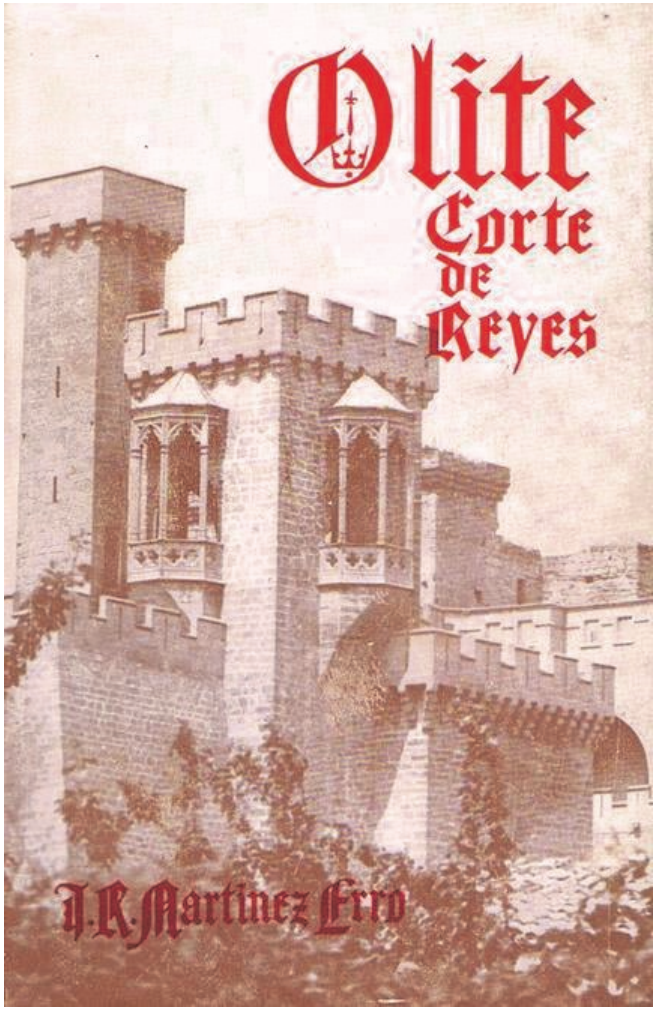
Los sufrimientos, cárceles y calamidades pasados, habían arruinado totalmente su salud. En el mismo palacio y a los 40 años de edad murió destrozado de tuberculosis.

Sus restos fueron enterrados en la catedral y muy posteriormente trasladados y acomodados en una de las tumbas reales del Monasterio de Poblet (Tarragona).

Las revoluciones habidas en España en el siglo XIX, la más funesta derivada por el decreto de desamortización (Mendizábal) y en este siglo la de 1936, fueron pretexto para asaltar, profanar y destruir las tumbas. Los huesos esparcidos y amontonados en un osario.

Reconstruidas posteriormente bella y acertadamente, y los restos nuevamente colocados en los túmulos; sin identidad posible como es de entender.

Su padre, Juan II, responsable de sus sufrimientos, sobrevivió muchos años.



Portada libro de J. R. Martínez Erro